

"El silencio, como las sombras, nos brinda momentos que nos permiten reflexionar sobre lo posible"

15/05/14 ESPAÑA

Adrián Cordellat

/ 

"**Biometría**" es el estudio mensurativo o estadístico de los fenómenos o procesos biológicos. En este concepto en el que se basan las nueve instalaciones de **Rafael Lozano-Hemmer** que pueden visitarse en el Espacio Fundación Telefónica hasta el 12 de octubre.



Rafael Lázaro Hemmer

La propuesta del artista mexicano tiene que ver con dos de las claves del arte contemporáneo, el uso de la **instalación** como plataforma de creación y la presencia del espectador para dar sentido o justificar al objeto de la misma.

—Más de 20 años de biometría resumidos en diez obras ¿Qué se va a encontrar el visitante en Abstracción Biométrica?

—La exposición consta de nueve instalaciones que abarcan un periodo de tiempo desde 1992 hasta 2014 y son instalaciones que tienen como temática la idea de que la captura, el archivo y la transformación de los signos vitales del público son parte integral de la obra de arte. Es decir, el contenido no es algo que me haya traído yo del pasado, si no que es un contenido generado por la exposición cuando los visitantes dejan sus huellas, su rastro y su respiración en la exposición.

—¿Cómo le encuentra uno el lado artístico a la biometría?

—El lado artístico siempre tiene que ver con el absurdo, con la perversión, con la soledad, con las hormonas, con la revancha, con los celos, con la muerte, con la evocación de la simbología... que de alguna forma son cosas que hacen responder al público, ya sea de una forma emocional, crítica o poética. En el caso de estas obras, depende de sobre cuál estemos hablando, pues hay algunas que son un poco más lúgubres, otras son más de celebración... Depende mucho de cada obra.

—La exposición estuvo con anterioridad en Estambul. ¿Es exactamente la misma exposición o vamos a encontrar alguna novedad en Madrid?

—En esta exposición tenemos las mismas obras que en Estambul pero le hemos añadido "Almacén de corazonadas", que es una obra importante del 2006 que ahora está en la colección de arte moderno del museo de Nueva York. Consta de 100 bombillas que responden a los latidos del público.

—Uno lee la nota de prensa y la información sobre la exposición y no se siente especialmente atraído por la misma. Y, sin embargo, una vez aquí los asistentes se quedan alucinados. ¿Cómo podemos venderla para que la gente rompa esa primera barrera inicial?

—Ese es tu trabajo, no el mío (risas). No, es que normalmente la información resulta demasiado repetitiva e insiste mucho en lo novedoso, en el futuro... Hay como un lenguaje que incluso puede ser corporativo. Yo lo que quisiera es que realmente la gente que venga aquí, venga exigiendo un cierto nivel de experiencia dentro de tradiciones de experimentación muy antiguas. Yo, por ejemplo, pienso que se debería decir que en esta exposición hay una máquina en la que, si participas mucho, falleces. Yo creo que eso es un poco morboso, pero a lo mejor ese morbo atrae a la gente. No tengo duda de que se va a llenar la exposición. Lo que tampoco tengo duda es que a muchos críticos de arte esta exposición les va a parecer que no tiene mérito. Y no tengo duda de eso porque los artistas, los críticos, los directores de museo o los coleccionistas tenemos todos una cierta forma de entender el arte que es elitista, diseñada para ciertos grupos de entendidos, y tenemos la sensación de que al abrir las puertas al público dejas de tener el control exclusivo sobre las obras. Y eso es muy difícil de aceptar para el ente artístico. Yo soy de la opinión de que al público no hay que tratarlo de forma condescendiente y paternalista, si no que hay que darle las herramientas y las plataformas para que puedan expresar la sofisticación que ellos pueden ofrecer.

—En tu obra haces uso de la tecnología como soporte, pero también como lenguaje. Aún así, resulta inevitable la pregunta: ¿Podemos considerar a la tecnología como arte?

—La tecnología no es que sea arte. El arte, por definición, debe utilizar los medios de su día y la tecnología es el lenguaje de nuestro tiempo. Es algo inevitable. La tecnología en ocasiones se utiliza para generar arte, pero el arte debe ser juzgado por sus propios méritos.

—Tus obras en general y las que podemos ver en esta exposición en concreto proponen un cambio en la relación con el espectador. El público interactúa con la obra y a la vez lo hace con el resto del público. ¿Podemos considerarlo con una forma de acercar el arte al espectador?

—Yo no creo en el concepto de democratización del arte. Hace poco en *Le Monde* dijeron de mí que era un artista *megalodemócrata*, es decir, que me interesa incorporar el máximo número de gente en la fiesta y hacerlos partícipes de las obras. La palabra hasta me gusta, pero sin embargo para mí es importante subrayar que mis obras no son necesariamente siempre proposiciones de participación, si no que son obras que en ocasiones también son lúgubres, como la pieza de "respiración viciosa", una obra en la que si participas demasiado mueres. Entonces no se trata de celebrar lo que es la tecnología, si no utilizarla para generar diversos tipos de sensaciones.

—En la presentación de la exposición te definían como "un artista electrónico que desarrolla instalaciones interactivas entre la arquitectura y el arte de la performance". Pero me gustaría saber cómo te defines tú como artista.

—Dígame que soy un artista que se interesa mucho por la experimentación. Un artista con vocación empírica al que le gusta compaginar diferentes medios y no saber cuál va a ser el desenlace final de la obra hasta el momento en el que el público mismo reacciona con ella.

—Has expuesto en muchos de los museos más emblemáticos del mundo y ahora lo haces por segunda vez en el espacio Fundación Telefónica. ¿Qué destacarías de este espacio?

—Mi relación con Fundación Telefónica viene de muy lejos y tengo que decir que siempre me ha gustado mucho el trabajo de Telefónica porque, aunque es una multinacional, apuesta sin necesidad de hacerlo por el arte, especialmente por el arte con riesgo. Creo que más empresas deberían hacer lo que Telefónica hace con el arte experimental. No sólo con nuevos medios, si no en la posibilidad de ofrecer premios como VIDA, que ofrecen un incentivo a los nuevos creadores para la producción artística.

—Fundación Telefónica, por cierto, acaba de lanzar el Proyecto Mute con la intención de promover el silencio en una sociedad que abusa del ruido. ¿Qué importancia le das al silencio en el proceso creativo?

—Mucha. El silencio, como las sombras, nos brinda momentos que nos permiten reflexionar sobre lo posible. Creo que todos deberíamos ahondar mucho más en el silencio.